

CAPÍTULO X

Giovanni Boccaccio

1. Vida.—2. Obras menores en vulgar: a) *Características*; b) *Obras*.—3. El «Decamerón»: estructura: a) *Argumento y esquema*; b) *Los narradores*.—4. El «Decamerón»: el mundo trágico: a) *El ideal cortés*; b) «*Cortesía*» y *civilización urbana*; c) *El amor*.—5. El «Decamerón»: el mundo cómico: a) *El mundo cómico*; b) *Boccaccio y el mundo cómico*.—6. Arte, estilo y lengua: a) *El «Decamerón» como obra «cómica»*; b) *La lengua*; c) *Los valores formales*.—7. Escritos latinos y dantescos: a) *Los escritos latinos*; b) *Los escritos dantescos*.—8. Fama y fortuna.

1. VIDA

Petrarca fue, pues, en la primera mitad del siglo XIV, el intérprete, altamente original, de algunos aspectos de la civilización y la cultura italianas; intérprete de otros aspectos fue Boccaccio, cuya obra se presenta, por ello, como complementaria de la de Petrarca, como expresión de concepciones, comportamientos y corrientes culturales y de gusto que no podían encontrar eco en el *Canzoniere*.

Boccaccio nació en 1313, hijo de un mercader de Certaldo llamado Boccaccio di Chellino; menos seguro es su lugar de nacimiento, tanto por la falta de documentos al respecto como por la tendencia que él mismo tuvo a mitificar y poetizar su propia vida, de la que habló en muchas obras de forma oscura, envolviendo en alegorías los hechos e incluso suministrando en forma de anagramas los nombres de personas y lugares, con la intención de componer una biografía ideal que en sus rasgos esenciales lo mostrase digno de la gran obra que estaba escribiendo. Los críticos de finales del siglo pasado y principios de éste, considerando que tras aquellas invenciones novelescas había algo de cierto, crearon una leyenda según la cual Boccaccio había nacido en París, de los amores ilegítimos de su padre con una dama francesa, y que luego había sido llevado por su padre a Certaldo cuando regresó a su patria. Desmentida esta leyenda, parece que nació como hijo natural en Certaldo.

Es seguro que transcurrió sus primeros años en la casa paterna, donde tuvo como maestro a Giovanni da Strada. Luego el padre, que era miembro de la poderosa compañía o sociedad comercial de los Bardi, lo envió, aún joven, a la sucursal de la casa en Nápoles para iniciar su aprendizaje mercantil; la biografía novelesca atribuye tal envío

principalmente a un matrimonio del padre y a la antipatía nacida entre el joven y la madrastra. En Nápoles Boccaccio se reveló como poco aficionado a los negocios, y después de algunos años de conflictos consiguió que su familia le permitiera dedicarse a los estudios; en un primer momento, a los de derecho canónico —es decir, a estudios de carácter práctico—, y posteriormente, después de otros conflictos, a los literarios, que ya él había iniciado por su cuenta.

Comenzó entonces una vida de estudio por una parte y de vida mundana por la otra, mientras Boccaccio se entregaba con el mismo fervor, característico de todos sus actos, a ambas; por otra parte, su pertenencia a la compañía de los Bardi, que mantenía estrechas relaciones de negocios con el rey, le permitía incluso el acceso a la corte. Según la biografía novelesca que compuso de sí mismo, el acontecimiento central de aquellos años fue su amor por una mujer a la que llamó, con simbolismo transparente y tradicional, *Fiammetta*, y que luego, mucho tiempo después, fue identificada como Maria d'Aquino, hija natural del rey Roberto de Anjou y casada con un conde de la familia de Aquino. La historia, tal como Boccaccio la narró en el prólogo o en las dedicatorias de muchos de sus libros, sigue los módulos en aquel entonces típicos del amor de un poeta: vio por primera vez a la dama en la iglesia —también Dante había conocido a Beatriz en la iglesia, y en la iglesia había nacido el hallazgo de la *amada aparente*; Petrarca, asimismo, vio por primera vez a Laura en la iglesia—; sólo que luego la relación entre los dos fue íntima, y completamente distinta, por tanto, de la de sus dos grandes precursores italianos, y concluyó con el abandono de Boccaccio por parte de la mujer, frívola y corrompida.

Esta historia, sin embargo, no carece de contradicciones, incluso graves, y resulta difícilmente compatible con el relato de la novela que toma su título precisamente de *Fiammetta* (*Elegia di madonna Fiammetta*), según el cual, por el contrario, fue un florentino llamado Pánfilo, de rasgos muy semejantes a los de Boccaccio, el que abandonó a la dama, que se quedó sola en Nápoles, esperando afligida y enamorada. Habrá que pensar entonces que la historia de los amores de Boccaccio y *Fiammetta* es no una representación fiel de hechos realmente acaecidos, sino una reconstrucción novelesca de los mismos, una especie de novela que Boccaccio intercaló entre las otras muchas novelas que escribió; pero sería absurdo, de todas maneras, pensar —como han hecho muchos— que todo fue inventado y gratuito. Desde luego, incluso si los hechos son inventados o transfigurados fantásticamente, no es falso el *pathos* con el que Boccaccio los inventa y transfigura, y tras esa novela hay una historia de afectos y acontecimientos que luego, al expresarse literariamente, se configuró, como exigía la retórica corriente, en esquemas tradicionales, convirtiendo la verdad y la poesía en una sola cosa vivida con el mismo fervor.

En 1340 la compañía de los Bardi quebró clamorosamente, y Boccaccio, envuelto en la pérdida económica de su padre, se quedó aún algún tiempo en Nápoles, pero obligado a llevar una vida retirada y modesta; más tarde hubo de regresar a Florencia para ocuparse del patrimonio familiar y para ayudar, tras la muerte de su padre, a su hermanastro. A partir de entonces la vida de Boccaccio transcurrió casi enteramente en medio de una digna estrechez; vivió establemente en Florencia, pero desempeñó varios cargos al servicio de la ciudad, para la que realizó diversos viajes. En 1346 acudió a Rávena ante Ostasio da Polenta, en 1347 a Forlì ante Francesco Ordelaffi; en 1350 fue embajador en Romaña; fue representante de la ciudad para la anexión de Pra-

to y embajador ante Ludovico de Brandeburgo, en 1351-52; en Aviñón, ante la curia papal en 1354 y 1365; y de nuevo ante la curia, en Roma, en 1367. Tales cargos testimoniaban el aprecio de que siempre gozó ante sus conciudadanos, aprecio demostrado también por la autorización a recibir beneficios, obtenida en 1360; en 1373 recibió el encargo de leer en público, en Santo Stefano di Badia, la *Divina Commedia*, tarea en la que llegó con sus comentarios hasta el canto XVII del *Infierno*.

Entre tantos viajes tuvo una importancia particular el que en 1351 le llevó a encontrarse con Petrarca, al que había conocido en Florencia en 1350 y al que volvió a tratar durante más tiempo al año siguiente, cuando fue enviado por la ciudad a comuncarle la devolución de los bienes confiscados a su padre y la invitación a hacerse cargo de una cátedra en el Estudio florentino. Entre los dos nació pronto una afectuosa amistad, teñida de respeto en Boccaccio; la solidaridad de estudios que se estableció entre ambos, fomentada por otros encuentros y por intercambios epistolares, mientras influyó sobre el alejamiento de Boccaccio de la actividad literaria en vulgar e incluso de su obra juvenil, contribuyó también a la formación de los primeros círculos prehumanistas en Florencia.

Este distanciamiento de su juventud y de los estudios que la habían caracterizado se vio reforzado en 1362 por la visita de un cierto Gioacchino Ciani, quien le relató las profecías de un cartujo, Pietro Petroni, muerto en olor de santidad. Bajo el influjo de esta visita, Boccaccio llegó incluso a pensar en destruir el *Decamerón*, intención que notificó a Petrarca, quien sin embargo lo disuadió de hacerlo en una carta notable por la libertad de espíritu que evidencia (*Sen.*, I, 5).

Tras su marcha de Nápoles, Boccaccio regresó aún dos veces, dado que siempre había tenido afecto al lugar donde había vivido, hermoñado todavía por el recuerdo de los amores y estudios juveniles y más embellecido aún por la nostalgia y la estrechez de su vida florentina. La primera vez que regresó lo hizo en 1362, a invitación de un florentino, Niccolò Acciaiuoli, que se había hecho poderoso en la corte de los Anjou; pero dejó la ciudad tras pasar en ella sólo seis meses, ofendido por el trato recibido, que consideró indigno de él y de su dignidad. Regresó otra vez, también por pocos meses, en 1370; pero ya Nápoles, tras la muerte del rey Roberto y con las guerras de sucesión y los manejos de la reina Giovanna, no era el que Boccaccio había conocido y amado. Regresó a Florencia, donde pasó tristemente, entre estrecheces y enfermedades, sus últimos años; en 1374, tras interrumpir las lecturas dantescas, se retiró a Certaldo, donde murió en 1375. Con ocasión de su muerte compuso una canción Franco Sacchetti, lamentando, con versos que ya hemos citado, que con la desaparición de Petrarca y Boccaccio hubiese terminado toda una fase de la cultura italiana y se hubiese cerrado una estación fecunda:

Or è mancata ogni poesia
e vôte son le case di Parnaso
[...]
La stagione è ricolta,
se tornerà non so, ma credo tardi¹

¹ Ha muerto la poesía, / y vacías están las casas de Parnaso [...]. / Ya recogimos la cosecha; / si volverá no sé, mas tardará.